3. La tía Emma, la hermana...

César Augusto Tapias Hernández

SciELO Books / SciELO Livros / SciELO Libros

TAPIAS HERNÁNDEZ, C.A. La tía Emma, la hermana... In: *Historias de familia: Etnografía delirante sobre el amor, la violencia y las drogas* [online]. Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, 2014, pp. 13-15. Textos de ciencias humanas collection. ISBN: 978-958-738-543-4.
<https://doi.org/10.7476/9789587385434.0004>.

All the contents of this work, except where otherwise noted, is licensed under a [Creative Commons Attribution 4.0 International license](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

Todo o conteúdo deste trabalho, exceto quando houver ressalva, é publicado sob a licença [Creative Commons Atribuição 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

Todo el contenido de esta obra, excepto donde se indique lo contrario, está bajo licencia de la licencia [Creative Commons Reconocimiento 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

3. La tía Emma, la hermana...

*Las sociedades más dominadas por motivaciones religiosas son
aquellas en que se reconocen diversos misterios,
poderes, objetos y divinidades.*

Bryan Wilson, *La religión en la sociedad*

Desde los tiempos del verdadero amor, extraídas mil sonrisas por puras evocaciones... las palabras surgieron hablando desde el corazón, confiadas como ayer en un correo. Hoy, sin temor, van confiándose sus recuerdos sobre el tiempo... Evocaciones.

Una noche, en medio de una buena comida, antes de partir a Estados Unidos, la tía Emma me fue contando que, de joven, de las cartas que le enviaban sus pretendientes algunos versos siguen grabados en su corazón. Hay que decir que quien evocaba esos momentos no era solo la tía religiosa de la familia, la que siempre reza por nosotros, la que venía a visitarnos cada tres años, a mostrarnos en sus ojos un pedacito del paraíso de los Andes. No, antes que nada, quien recordaba era la mujer que es por encima de todo. Y recordando iba como nube flotando sostenida por un viento de recuerdos, volando a las tardes olorosas a rosales donde a escondidas respondió una carta que definía su vida y el amor de un par de vidas y al amor mismo.

Pablo Peláez finalmente no se sintió tan mal al saber a través de una carta escrita por mi propia tía que quien le quitó el amor de su vida era Dios y no otro hombre sobre la tierra... Virgelma Fernández estuvo alistada en el Colegio de La Presentación teniendo apenas claro que no se casaría antes de los veinte años. Y nunca se casó. Y el día que lo decidió, devolvió a Pablo una foto suya, porque ya no tenía razones para tenerla... Y del pobre Pablo... cuentan que prefirió mejor jamás casarse y que pereció en un accidente sin ser de nadie.

Virgelma o Emma, como quiera, pudo decidir qué hacer en la comunidad y prefirió la enfermería a la enseñanza, y así se convirtió en la primera mujer de la familia en ir a la universidad. Estudió en la Universidad de Antioquia por algunos intervalos durante los años sesenta y setenta. Desde siempre tuve la idea básica de que, un día, la tía habría tomado los hábitos porque sí, como iluminada... Sin más razones. Pero en realidad fue necesario hacerse monja para poder viajar a Perú o Bolivia, y conocer la alta planicie, cuna de grandes civilizaciones prehispánicas cuyos avances matemáticos y filosóficos no sobrevivieron al asalto del colonizador español. Un álbum-diario de viaje que había hecho la tía y que de algún modo terminó en mi casa era la razón de mis sospechas. Estaba ilustrado con fotografías de los lugares, de la gente en los propios escenarios contruidos por los antiguos incas, acompañados con pie de fotos que indicaban qué ver en la foto. Por ejemplo: “Huerta en el convento de los padres franciscanos. Obsérvense las flores de Quina, se cultivan en abundancia en el altiplano, constituye una gran fuente de alimentación”.

Viéndolas me paseaba en el tiempo, me trasladaba a un viaje fechado en 1967, un viaje donde mi tía era más que una narradora, y se apartaba de la escena fotografiada de junto otras religiosas y uno que otro sacerdote... Miraba hacia fuera... hacia las flores... hacia dentro de los ojos de la gente, y con esos textos puntualizaba, como haciendo inventario del terreno... y los actores... Entonces recordé que los misioneros fueron los primeros etnógrafos.

Ese álbum fue lo que me permitió saber de una mujer seguidora de Dios entre nosotros, que un día se fue hasta muy cerca de las ruinas del imperio del sol, que era un dios en otro tiempo... Tal vez no fue a evangelizar, sino a vivir entre ellos y a terminar evangelizada.

Recuerdo las palabras de un amigo que hablaba de algunas personas y su capacidad de desplazarse a otros lugares a pesar de nunca viajar. La tía Emma regresaba a casa de sus padres cada tres años, y eso es un ejemplo de desplazarse físicamente... hasta donde nosotros; pero su viaje era y continuaba en el altiplano entre miles de hombres y mujeres que soportaban agrestes temperaturas... Y ahí estaba yo, siguiéndola en las fotos, sin dejar de pensar en esa gente que se le veía en apuros en medio de terrenos áridos... Eran rostros quemados por el frío, mujeres de trenzas largas y gruesas junto a hombres muy morenos, bajos, montados en caballos negros brillantes. Los indígenas aparecían con pómulos sobresalientes, ojos alargados; el contraste focal era mi tía y sus hábitos. De joven, mi tía Emma se parecía mucho a mi mamá...

En otras fotos, un hermoso lago, las ruinas de Sacsayhuamán, donde el inca descansaba. Una canoa de totora. La transparencia del lago Titicaca, el más alto del mundo, 3812 msnm. Un torreón en Machu Picchu que me pone a pensar en la humanidad. Y una alpaca pastando en la sierra sobre la que quisiera acostarme a soñar. Autoridades del pueblito de Atoconcolla... Obsérvense los rostros de las autoridades.

El viaje de mi tía arrancó desde Titiribí a Medellín, de ahí a Barranquilla, luego a Perú, de nuevo Colombia; después Bolivia y de nuevo a Perú... Algunas veces se desvió a Nueva Jersey donde la familia... Con el tiempo se quedó en Medellín, donde sigue ejerciendo su enfermería con especialización en salud pública, dando además un mensaje de amor mientras acaricia y sana...

Las fotos... A lo mejor un día se le quedaron en casa... Ya de grande he pensado que estuvo bien haberlas dejado... Viendo sus fotos empezaron mis viajes.

Mi propuesta de recolección dialógica y polifónica trazó el camino para el delirio con que me opongo al realismo de las etnografías convencionales. Dialogando, fuimos construyendo este conocimiento etnográfico; dialogando intentamos comprender asuntos comunes y nos vimos obligados a poner de manifiesto nuestros puntos de vista personales, pues en cuanto sujetos históricamente situados que somos mis familiares y yo, logramos interpretaciones de nuestros mundos. Como diría Rabinow (1977), mediadas por la historia y la cultura. A la manera de Crapanzano (1980) y su encuentro antropológico con Tuhami en el Marruecos de los años ochenta, sin importar que Tuhami estaba loco... O de nuevo con Bourdieu (1989), sujeto y objeto de estas múltiples biografías (investigador y testimonios) tienen de algún modo el mismo interés por aceptar el postulado del sentido de la existencia contada (e, implícitamente, de toda existencia).

Recordar que la etnografía no es solo técnica. En cuanto método... la etnografía es escritura (Guber, 2001), y ese sentido es importante recapitular la crítica de Stephen Tyler cuando plantea que el diálogo vertido como texto ya no es un diálogo, sino un texto disfrazado de diálogo, un mero monólogo sobre un diálogo, en la medida en que las apariciones del informante del diálogo están por lo menos mediadas por el rol autoral dominante del etnógrafo (Reynoso, 2008). Sí y no. Para trascender las limitaciones de la representación, en ella misma debe estar explícita la negociación que hizo posible la conversación, las palabras que provocaron los recuerdos o las fotografías y las evocaciones que provocaron.